

ICARIA

REVISTA DE CRITICA Y CULTURA

Nº 1 — TOMO I

JULIO 1981



Director

Emilio J. Corbière

Incl

Ernesto Sábato

HOMENAJE A
PABLO IGLESIAS

El escritor Ernesto Sábato escribió el trabajo que a continuación publicamos para el libro de Homenaje a Pablo Iglesias, editado por la Fundación que lleva el nombre del líder y fundador del Partido Socialista Obrero Español, en Madrid, España, en 1979. En ese libro colectivo, 61 intelectuales de todas partes del mundo rindieron homenaje al creador de El Socialista, y figura señera de la política hispana.

En este tiempo del desprecio que nos ha tocado vivir, añoramos cada día más a seres como Pablo Iglesias, que lucharon por la justicia social, pero sin olvidar ni un solo instante que de nada vale esa justicia social si ha de conferirse a un pueblo de esclavos.

Una democracia se caracteriza, entre otras cosas, por permitir la publicación de sus defectos. Motivo por el cual los distraídos creen que las

democracias son los únicos regímenes corrompidos, cuando lo que sucede es que en los otros nadie puede denunciar la corrupción; que es más grande, más profunda y más degradante, si hemos de atender al famoso aforismo de Lord Acton. Porque si el poder corrompe, el poder absoluto corrompe absolutamente. Y esto debería ser enseñado en las escuelas, como en mis buenos tiempos de estudiante —en aquellos remotísimos tiempos en que gozábamos de la democracia— se nos hacía aprender aquello que se llamaba "Instrucción Cívica", para advertencia de las nuevas generaciones, tan propensas siempre, cuando empiezan a sentir el olor de la podredumbre, a "cortar por lo sano", añorando o apelando al terror y al poder dictatorial, imaginando que así puede instaurarse ese reinado de lo Absoluto que sueñan en medio de la putrefacción relativa de los seres humanos. Inclinación de los muchachos, casi siempre idealistas, que usufructúan los cerebros de uno y otro totalitarismo; aunque habría que simplemente decir totalitarismo, ya que ambos terminan siendo una sola y atroz identidad. Porque después de las terribles experiencias soviéticas ya no se puede dudar: el fin no justifica los medios, y es trágicamente ilusorio perseguir fines nobilísimos con medios innobles.

Así, la primera condición para cualquier persona digna ha de ser el respeto de la persona, lo que supone en primer término la libertad. Nos dirán algunos que en las democracias burguesas sólo existe para los explotadores. Lo que es en parte cierto, pero considerablemente sofisticado, pues ha sido en sus universidades donde surgieron las grandes doctrinas redentoras del hombre explotado, mientras que en los países totalitarios no existe esa libertad de enseñar y aprender, ni la otra, la de los obreros, que deben trabajar como silenciosas hormigas, con la promesa de que llegará un día en que el Superestado se va a disolver por sí solo para inaugurar la libertad íntegra e inmaculada. Como afirma Camus, si hoy la libertad se ve en retroceso en la mayor parte del mundo es porque jamás han estado mejor armadas ni han sido más cínicas las iniciativas de esclavización. El gran acontecimiento del siglo XX fue el abandono de la libertad por los que querían el progreso material, desapareciendo desde entonces una esperanza más en el mundo. La libertad burguesa no era toda la libertad o no lo era cabalmente; pero de la justa desconfianza por sus precariedades se llegó a desconfiar de la libertad misma, o se la difirió para siglos futuros. Ya sabemos a dónde condujo este renunciamento, y es hora de que admitamos que la libertad total no es algo que un día recibiremos de golpe y en su máximo esplendor, sino que debe lograrse día a día en una lucha incesante contra los que intentan arrebatar hasta sus migajas. Porque con esas pequeñas, modestas y hasta risibles libertades podremos proseguir el camino y perfeccionar nuestras sociedades, hasta alcanzar una sociedad que a la vez nos proporcione libertad y justicia social.

No hay otro camino, y ojalá España y también nosotros tengamos hombres de la calidad espiritual que tuvo don Pablo Iglesias para recorrerlo sin claudicar ante las tentaciones del terror y la tiranía.

Santos Lugares, Argentina, abril, 1979

Nicos Poulantzaz

LA VIA DEMOCRÁTICA AL SOCIALISMO

El presente texto constituye el epílogo de la obra de Nicos Poulantzaz, L'Etat, le pouvoir, le socialisme, Paris, PUF, 1978.

Socialismo y democracia, vía democrática al socialismo: esta cuestión se plantea hoy a partir de dos experiencias históricas que funcionan de algún modo como barreras, como ejemplo de dos escollos a evitar: el ejemplo socialdemócrata tradicional, tal como se ve en numerosos países europeos, y el ejemplo de los países del Este, llamados de "socialismo real". A pesar de todo lo que diferencia a estos dos ejemplos históricos y a pesar de todo lo que opone la socialdemocracia al estalinismo como corrientes teórico-políticas, éstas presentan una convivencia de fondo: el *estatismo* y la desconfianza profunda ante las iniciativas de las masas populares; en suma, la suspicacia ante las exigencias democráticas. Hoy en día gusta mucho en Francia hablar de las dos tradiciones del movimiento obrero y popular, la estatista y jacobina, de Lenin y la revolución de Octubre a la III Internacional y al movimiento comunista, y la autogestionaria y de democracia directa de base. Para realizar el socialismo democrático haría falta romper con la primera y situarse en la segunda.

Plantear la cuestión de esta forma resulta algo sumario. Existen realmente dos tradiciones, pero éstas no coinciden con las corrientes con las cuales se las identifica. Es un error de fondo creer que basta con situarse en la corriente autogestionaria o de democracia directa de base para evitar, de esta forma, el estatismo.

Hace falta pues, una vez más y en primer término, volver a Lenin y a la revolución de Octubre. El estalinismo y el modelo legado por la III Internacional para una transición al socialismo se distinguen, ciertamente, del pensamiento y de la acción de Lenin, pero no son una simple desviación. Algunos gérmenes del estalinismo estuvieron muy presentes en Lenin y no solamente a causa de las particularidades de la situación histórica a la cual tuvo que hacer frente Lenin (Rusia y el Estado zarista): el error de la III Internacional no fue simplemente haber querido universalizar, desviándolo, un modelo de transición al socialismo que, en su pureza original, habría convenido a la situación concreta de la Rusia zarista. Sin embargo, no es posible encontrar

estos gérmenes en Marx. Lenin tuvo que resolver, por primera vez, el problema de la transición al socialismo y la extinción del Estado, a propósito de la cual Marx no habría dejado más que vagas indicaciones, todas las cuales por lo demás, se orientaban hacia una estrecha relación entre socialismo y democracia.

Entonces, ¿qué es lo que pasó exactamente con la revolución de Octubre, a propósito de la extinción del Estado? Un problema parece aquí esencial: no es el único que concierne a los gérmenes de la III Internacional en Lenin, pero determina a los demás. Los análisis y la práctica de Lenin tienen una línea principal: el Estado debe ser destruido en bloque mediante una lucha frontal en una situación de *doble poder* y ser reemplazado-sustituido por el segundo poder, los soviets, poder que no sería ya un Estado en sentido propio, pues sería ya un Estado en vías de extinción. ¿Cuál es el sentido leninista de esta destrucción del Estado burgués? Las instituciones de la democracia representativa y las libertades políticas son a menudo reducidas por Lenin (esto no sucedió nunca con Marx) a una pura y simple emanación de la Lurguesía: democracia representativa = democracia burguesa = dictadura de la burguesía. Deben, pues, ser totalmente extirpadas y reemplazadas por la sola democracia directa de base, de mandato imperativo y revocable; en resumen, por la verdadera democracia proletaria (los soviets).

Esquemato al máximo, pero lo hago a propósito: la línea principal de Lenin no fue originariamente un socialismo autoritario cualquiera. Si digo esto, no es para asumir la defensa de Lenin, sino para indicar el simplismo, de un concepto que oculta el verdadero problema y que ve en lo que pasó en la Rusia soviética el resultado de un leninismo centralizador que, como tal, impidió el desarrollo de la democracia directa de base, de un leninismo que lleva consigo el aplastamiento de la sublevación de los marinos de Kronstadt, como las nubes traen la tormenta. Se quiera o no, la línea principal de Lenin fue originariamente, frente a la corriente socialdemócrata, a su parlamentarismo y a su pánico al consejismo, la de una sustitución radical de la llamada democracia formal por la llamada democracia real, de la democracia representativa por la democracia directa llamada consejista (en la época no se empleaba todavía el término autogestión). Lo que me lleva a plantear la verdadera cuestión: ¿no fue más bien esta misma situación, esta misma línea (sustitución radical de la democracia representativa por la democracia directa de base) la que constituyó el factor principal de lo que sucedió en la Unión Soviética, ya en vida de Lenin, y la que dio lugar al Lenin centralizador y estatista cuya posteridad conocemos?

Digo que planteo la cuestión: ésta había sido ya planteada en la época y había recibido una respuesta, que parece ahora dramáticamente premonitoria. Este fue el caso de Rosa Luxemburgo, de la cual Lenin decía que era un águila de la revolución. De águila tenía también la vista. La primera crítica, correcta y fundamental, a la revolución bolchevique y a Lenin fue la de Rosa Luxemburgo. Esta crítica es decisiva, pues no proviene del bando de la socialdemocracia (que no quería ni siquiera oír hablar de democracia directa y de consejismo),

sino precisamente de esta militante convencida de la democracia consejista, por la cual dio su vida, ejecutada durante el aplastamiento de los consejos obreros en Alemania por la socialdemocracia. Ahora bien, lo que Rosa reprocha a Lenin no es su negligencia o su desprecio por la democracia directa de base, es *exactamente lo contrario*: a saber, que se apoye *exclusivamente* en esta última (exclusivamente, pues según Rosa la democracia consejista sigue siendo esencial), eliminando pura y simplemente la democracia representativa, especialmente en el momento de la disolución de la Asamblea Constituyente, elegida bajo el gobierno bolchevique, en beneficio exclusivo de los soviets. Hace falta volver a leer *La Revolución rusa*, de la cual no cito más que un pasaje: "Al negar a los cuerpos representativos surgidos de las elecciones populares generales, Lenin y Trotski han instalado los soviets como única representación auténtica de las masas trabajadoras. Pero con la represión de la vida política en todo el país, la vida de los propios soviets no podrá escapar a una parálisis extendida. Sin elecciones generales, libertad de prensa y de reunión ilimitada, libre confrontación de las diversas opiniones, la vida se apaga en toda institución política y sólo triunfa la burocracia".

No es sin duda la única cuestión concerniente a Lenin: la concepción del Partido en *¿Qué hacer?*, la de la teoría aportada desde el "exterior" a la clase obrera por los revolucionarios profesionales, etc., desempeñan un papel importante en lo que ocurrió después. Pero la cuestión fundamental es la planteada por Rosa Luxemburgo: más allá de las posturas de Lenin ante una serie de problemas, más allá incluso de las particularidades históricas propias de Rusia, lo que siguió, ya en vida de Lenin, pero sobre todo después (Partido único, burocratización del Partido, confusión entre Partido y Estado, estatismo, fin de los mismos soviets, etc., estaba ya desde ese momento inscripto en esta situación que criticaba Rosa Luxemburgo.

Sea como fuere, veamos de momento el "modelo" revolucionario legado por la III Internacional, sobre el que el estalinismo ha tenido, entre tanto, sus propios efectos. Idéntica postura ante la democracia representativa, a la cual se añaden, ahora, el estatismo y el desprecio por la democracia directa de base, en resumen, la tergiversación del sentido de toda la problemática consejista. Modelo enteramente influenciado por la concepción instrumentalista del Estado.

El Estado capitalista ha sido siempre considerado como un simple objeto o instrumento, manipulado a voluntad por la burguesía, de la que es emanación: no se supone que esté desgarrado por contradicciones internas. Las luchas de las masas populares, que no pueden ser, en su oposición a la burguesía, uno de los factores de constitución de este Estado (en este caso, de las instituciones de la democracia representativa), no pueden tampoco desgarrar al Estado, que es considerado como bloque sin fisuras. Las contradicciones de clase estarían situadas entre el Estado y las masas populares exteriores al Estado. Y esto hasta el momento de una crisis de doble poder, hasta el momento en que este Estado

es desmantelado de hecho debido a la centralización a nivel nacional de unos poderes paralelos, que se convierten en el poder real (los soviets). Así:

a) La lucha de las masas populares por el poder de Estado no puede ser, en lo esencial, más que una lucha frontal, de movimientos o de cerco, pero exterior al Estado-fortaleza, que apunta principalmente a la creación de la situación de doble poder.

b) Si es esquemático identificar esta concepción con una estrategia de asalto del tipo del gran día, es decir, centrada en un momento álgido (insurrección, huelga general política, etc.), no es menos evidente que falta aquí la visión estratégica de un *proceso* de transición al socialismo, es decir, de una larga marcha en la que las masas actúan para conquistar el poder y transformar los aparatos del Estado. Esto sólo puede tener lugar en la situación de doble poder, situación de equilibrio de fuerzas muy precario (Estado-burguesía/soviets-clase obrera) que, por definición, no puede durar. La misma situación revolucionaria es reducida a una crisis de Estado que no puede ser más que una crisis de hundimiento del Estado.

c) Este Estado es supuestamente detentador del propio poder, un poder-sustancia cuantificable que hay que arrebatarle. "Tomar" el poder de Estado significa ocupar, en el lapso de tiempo del doble poder, las piezas del Estado-instrumento, controlar las cimas de los aparatos, estar en los puestos de mando de la maquinaria estatal y manipular los engranajes esenciales de sus dispositivos, con vistas a su sustitución por el segundo poder-soviets. Una ciudadela sólo puede ser conquistada si se toman las trincheras, fortificaciones y casamatas de su osamenta instrumental, aprovechando una situación (doble poder) que la desmantele en provecho de otra cosa (soviets): se supone que esta otra cosa (el segundo poder) se sitúa en un lugar radicalmente fuera del Estado, más acá de este campo atrincherado. Lo que caracteriza siempre a esta concepción es el escepticismo permanente en cuanto a las posibilidades de intervención de las masas populares en el seno mismo del Estado.

d) ¿Qué forma toma, en este contexto, el problema de la transformación del aparato de Estado en una transición al socialismo? Hay que tomar primero el poder de Estado y, una vez realizada la toma de la fortaleza, arrasar en bloque el conjunto del aparato de Estado, sustituyéndolo por el segundo poder (soviets) constituido en Estado de nuevo tipo.

Si encontramos constantemente la desconfianza fundamental con respecto a las instituciones de la democracia representativa y de las libertades políticas (creaciones-instrumento de la burguesía), la misma concepción de los soviets sufre entre tanto ciertas modificaciones. Los soviets que deben sustituir en bloque al Estado burgués no son ya la democracia directa de base que sustituye a la democracia. No es ya el anti-Estado, sino el *Estado paralelo* calcado del modelo instrumental del Estado existente, un Estado proletario en cuanto sería controlado-ocupado desde arriba por el partido revolucionario "único", partido que funciona a su vez de acuerdo con el modelo del Estado.

La desconfianza con respecto a las posibilidades de intervención de las masas populares en el seno del Estado burgués se ha convertido en simple desconfianza con respecto al movimiento popular de base. Esto se llama reforzar el Estado soviético a fin de poder extinguirlo mejor algún día... *Ha nacido el estatismo estalinista.*

Estatismo estalinista cuya connivencia estrecha con el estatismo de la socialdemocracia es posible ver ahora. Esta también se caracteriza por la desconfianza fundamental hacia la democracia directa de base y las iniciativas populares. Para ésta también la relación de las masas populares con el Estado es una relación de exterioridad, puesto que el Estado posee poder y constituye una esencia. Es el Estado-sujeto, poseedor de una racionalidad intrínseca, encarnada por las entes políticas exclusivamente y por los mecanismos de la democracia representativa. Este Estado se ocupa sustituyendo sus cimas por una élite ilustrada de izquierdas y aplicando como máximo algunos correctivos al funcionamiento de las instituciones, y dando por supuesto que este Estado aportará así a las masas populares el socialismo desde arriba: *es el estatismo tecnoburocrático de los expertos.*

Estatolatría estalinista, estatolatría social-demócrata: una de las tradiciones, se dice con razón, del movimiento popular. Pero creer que se sale de ella con la otra tradición, la de la democracia directa de base o del movimiento autogestionario en exclusiva, sería demasiado bello para ser cierto: no hay que olvidar precisamente el caso Lenin y los gérmenes del estatismo contenidos en la experiencia consejista original. El dilema del cual hay que salir es, en el fondo, el siguiente: o bien mantener en condiciones el Estado existente, atenerse exclusivamente a la democracia representativa en la que se hacen modificaciones secundarias, lo que lleva al estatismo socialdemócrata y al llamado parlamentarismo liberal, o bien atenerse exclusivamente a la democracia directa de base, o movimiento autogestionario, lo que conduce ineludiblemente, a un plazo más o menos largo, a un despotismo estatista o a una dictadura de los expertos. *Cómo emprender una transformación radical del Estado articulando la ampliación y la profundización de las instituciones de la democracia representativa y de las libertades* (que fueron también una conquista de las masas populares) *con el despliegue de las formas de democracia directa de base y el enjambre de los focos autogestionarios: aquí está el problema esencial de una vía democrática al socialismo y de un socialismo democrático.*

Problema que la noción de dictadura del proletariado no solamente no ha planteado, sino que ha terminado por ocultar. Sólo diré esto: la dictadura del proletariado fue, para Marx, una noción estratégica en estado práctico, que funcionaba todo lo más como papel indicador. Remitía a la naturaleza de clase del Estado, a la necesidad de su transformación para la transición al socialismo y al proceso de extinción del Estado. Si aquello a lo que remitía sigue siendo real, esta noción ha tenido después una función histórica precisa: la de ocultar el problema fundamental, precisamente el de la articulación de una democracia representativa transformada con la democracia directa de base.

Son éstas las verdaderas razones que justifican, en mi opinión, su abandono, y no sólo porque esta noción ha terminado por identificarse con el totalitarismo estalinista. Incluso cuando ha sido interpretada de formas diferentes, ha mantenido siempre la función histórica en cuestión: éste fue el caso de Lenin desde los comienzos de la revolución de Octubre, y también fue el caso, más próximo a nosotros, del propio Gramsci. Ciertamente, no se pueden poner en duda las considerables aportaciones teórico-políticas de Gramsci, y es conocido su distanciamiento de la experiencia estalinista. Esto no impide que él tampoco (a pesar de actuar de forma desordenada) pudiera plantear el problema en toda su amplitud. Sus famosos análisis concernientes a las diferencias entre la guerra de movimientos (la de los bolcheviques en Rusia) y la guerra de posiciones son tomados esencialmente como aplicación de la estrategia-modelo leninista a "situaciones concretas diferentes", las de Occidente. Lo que le conduce, a pesar de sus notables intuiciones, a toda una serie de bloqueos sobre los cuales no hay espacio para extenderse aquí.

Este es pues el problema de fondo de un socialismo democrático: no concierne sólo a los llamados países desarrollados, en el sentido de que se trataría de un modelo estratégico adaptado a la situación específica de estos países. No se trata ya, pues, de construir "modelos", sea en el sentido que sea. En la medida en que no se trata más que de señalizaciones de direcciones a seguir, aprendiendo de las lecciones del pasado; en suma, de trampas a evitar si no se quiere recaer en situaciones conocidas, este problema concierne a toda transición al socialismo, incluso si esta transición se presenta en forma considerablemente diferente según los diversos países. Ahora lo sabemos: no puede haber, según los diversos países, unas veces un socialismo democrático y otras otro cualquiera. Ciertamente es que las situaciones concretas son diferentes y no hay duda de que las estrategias deben estar adaptadas a las particularidades de los diversos países, pero no puede haber más socialismo que el democrático.

En cuanto a este socialismo, en cuanto a la vía democrática al socialismo, la situación actual en Europa presenta ciertas particularidades: añaden a la vez a las nuevas relaciones sociales, a la forma de Estado que se instaure, a la particularidad de la crisis del Estado. Estas particularidades constituyen, para ciertos países europeos, otras tantas oportunidades y posibilidades, probablemente por primera vez en la historia mundial, de lograr la experiencia de un socialismo democrático, de una articulación lograda entre una democracia representativa transformada y la democracia directa de base. Lo que implica una nueva estrategia en cuanto a la toma de poder de Estado por las masas populares y sus organizaciones, y en cuanto a las transformaciones del Estado: esto es lo que se designa con el término de vía democrática al socialismo.

El Estado, hoy menos que nunca, no es una torre de marfil aislada de las masas populares. Sus luchas desgarran al Estado permanentemente, incluso cuando se trata de aparatos en los que las masas no están físicamente presentes. La situación de doble poder, la de la lucha frontal centrada en un momento preciso, no es la única que permite una acción de las masas populares en el Estado. La vía democrática al socialismo es un largo proceso en el cual la lucha de las

masas populares no apunta a la creación de un doble poder efectivo, paralelo y exterior al Estado, sino que se aplica a las contradicciones internas del Estado. La toma de poder sigue suponiendo ciertamente una crisis del Estado (la que existe actualmente en ciertos países europeos), pero esta crisis, que acentúa precisamente las contradicciones internas del Estado, no se reduce a una crisis de derrumbamiento del Estado. Tomar o conquistar el poder del Estado no puede significar una simple apropiación de las piezas de la maquinaria estatal, con vistas a su sustitución en provecho del segundo poder. El poder no es una sustancia cuantificable detenida por el Estado que haya que arrebatarle. El poder consiste en una serie de relaciones entre las diversas clases sociales, concentrado por excelencia en el Estado, que constituye la condensación de una relación de fuerzas entre las diversas clases sociales. El Estado no es ni una cosa-instrumento de la que sea posible apoderarse, ni una fortaleza donde se penetre con caballos de madera, ni una caja fuerte que se fuerce hasta romperla: es el centro de ejercicio del poder político.

Tomar el poder de Estado significa desarrollar una lucha de masas tal que modifique la relación de fuerzas internas en los aparatos de Estado, que son el campo estratégico de las luchas políticas. Mientras que, para la estrategia del tipo de doble poder, la modificación decisiva de la relación de fuerzas no se produce en el seno del Estado, sino entre el Estado y el segundo poder, ese anti-Estado que se supone situado radicalmente fuera del Estado, entre el Estado y las masas supuestamente exteriores al Estado. Este largo proceso de toma del poder en una vía democrática al socialismo consiste, esencialmente, en desarrollar, reforzar, coordinar y dirigir los centros de resistencias difusos de que las masas siempre disponen en el seno de las redes estatales, creando y desarrollando otros nuevos, de tal forma que estos centros se conviertan, en el terreno estratégico que es el Estado, en los centros efectivos del poder real. No se trata, pues, de una simple alternativa entre guerra frontal de movimientos y guerra de posiciones, pues esta última, según Gramsci, consiste siempre en un cerco del Estado-fortaleza.

Se ve venir la pregunta: ¿nos hemos rendido, por tanto, al reformismo tradicional? Hace falta ver, para responder, cómo es planteada la cuestión del reformismo por la III Internacional. Para ésta, es reformista toda estrategia que se distinga de la del doble poder. Sólo la ruptura radical en cuanto a la toma del poder de Estado, la única ruptura significativa que permite escapar del reformismo, es la ruptura entre el Estado (simple instrumento de la burguesía fuera de las masas) y su supuesto exterior absoluto, el segundo poder (masas/soviets). Lo que, dicho sea de paso, no ha impedido, *más bien al contrario*, un reformismo específico de la III Internacional, debido precisamente a la concepción instrumental del Estado. Se acaparan las piezas recuperables de la maquinaria estatal y se yuxtaponen los bastiones insulares en espera de la situación de doble poder. Progresivamente, por lo demás, la situación de doble poder pasa a segundo plano: lo que queda es sólo el Estado-instrumento, que se conquista engranaje a engranaje o que se ocupa en sus puestos de mando. Ahora bien, el reformismo es un peligro siempre latente: no es un vicio intrínseco a toda estra-

tegia que no sea la del doble poder, aun cuando en el caso de una vía democrática al socialismo el criterio de reformismo no sea tan tajante como en la estrategia de doble poder y los riesgos de socialdemocratización, es inútil negarlo, se vean acrecentados por ello. Sea como fuere, modificar la relación de fuerzas internas del Estado no significa reformas sucesivas en una progresión continua, conquista pieza a pieza de una maquinaria estatal o simple ocupación de puestos y cimas gubernamentales. Significa, claramente un *proceso de rupturas efectivas* cuyo punto culminante, y habrá forzosamente uno, reside en el basculamiento de la relación de fuerzas a favor de las masas populares en el terreno estratégico del Estado.

Esta vía democrática al socialismo no significa, pues, una simple vía parlamentaria o electoral. Esperar la mayoría electoral (para el Parlamento o para la presidencia) no puede ser más que un momento, por importante que sea: no es, sin embargo, forzosamente el punto culminante de las rupturas en el seno del Estado. La modificación de la relación de fuerzas en el seno del Estado concierne al conjunto de sus aparatos y de sus dispositivos: no concierne sólo al Parlamento o, como se repite hoy a menudo, a los aparatos ideológicos del Estado, supuestamente detentadores del papel determinante en el Estado "actual". Este proceso se extiende igualmente, y en primerísimo lugar, a los aparatos represivos del Estado, los que detentan el monopolio de la violencia física legítima: el ejército y la policía fundamentalmente. Pero así como no habría que olvidar el papel propio de estos aparatos (lo que sucede a menudo en ciertas versiones de la vía democrática al socialismo, fundadas en general en una mala interpretación de ciertas tesis de Gramsci), así tampoco habría que creer que la estrategia de una modificación de la relación de fuerzas internas del Estado, sólo sería válida para los aparatos ideológicos, y que los aparatos represivos (que serían realmente impermeables a las luchas populares) sólo pueden ser tomados frontalmente, desde el exterior; en resumen, no se trata de acumular *dos* estrategias, manteniendo para los aparatos represivos la del doble poder. Es evidente que la modificación interna de la relación de fuerzas en los aparatos represivos plantea problemas particulares y, por tanto, temibles; pero, el caso de Portugal lo ha demostrado perfectamente, estos mismos aparatos están desgarrados por las luchas de las masas populares.

Además, la alternativa real a la vía democrática al socialismo es una lucha de masas populares que apunte a la modificación de la relación de fuerzas en el seno del Estado frente a una estrategia frontal del tipo de doble poder. Esta alternativa no es, como se considera a menudo, la de una "lucha interna" en los aparatos del Estado, es decir, físicamente colocada e insertada en su espacio material, frente a una lucha a distancia, físicamente exterior a estos aparatos. En primer lugar, porque una lucha a distancia de dos aparatos del Estado tiene siempre efectos en su seno: está siempre presente, aunque sólo lo esté de forma refractada y por personas interpuestas. Seguidamente, y sobre todo, porque una lucha a distancia de los aparatos del Estado, más acá o más allá de los límites del espacio físico dibujado por los lugares institucionales, es siempre, y en todo caso, necesaria, pues refleja la autonomía de la lucha y de las organizaciones de

las masas populares. No se trata de insertarse sólo en las instituciones estatales (Parlamento, consejo económico y social, instancias de "concertación", etc.), para utilizar simplemente con provecho sus resortes propios, sino que además las luchas populares deben siempre manifestarse también en el despliegue de movimientos y en el conjunto de dispositivos de democracia directa de base y de focos autogestionarios.

Lo cual tiene que ver con la cuestión de las transformaciones del Estado, pero también, no hay que olvidarlo, con la cuestión fundamental del poder de Estado y, más generalmente, del poder. La cuestión: *quién* está en el poder y *para qué* no puede quedar al margen de estas luchas autogestionarias o de democracia directa. Ahora bien, estas luchas y movimientos no pueden, a fin de contribuir a modificar las relaciones de poder, tender a una centralización en un segundo poder, lugar que se supone absolutamente exterior al Estado, sino a la modificación de las relaciones de fuerzas en el mismo terreno del Estado. Estas luchas y movimientos, en cuanto son políticos, aun si se encuentran fuera del espacio físico del Estado, no están fuera del Estado: están siempre, de todas formas, situados en su campo estratégico. Es, pues, ésta la alternativa real y no la simple de una "lucha interna" frente a una "lucha externa". En una vía democrática al socialismo, estas dos formas de lucha deben ser combinadas. "Integrarse" o no en los aparatos de Estado, hacer o no el juego al poder, no se reduce a la elección entre una lucha externa y una lucha interna. Esta integración no es, por otra parte, la consecuencia necesaria de una estrategia que apunte a modificaciones en el terreno del Estado, como si una lucha política pudiera jamás situarse en un exterior absoluto con respecto al Estado.

Esta estrategia de toma del poder remite directamente a la cuestión de las transformaciones del Estado en una vía democrática al socialismo. Sólo una articulación entre dos procesos, el de la transformación de la democracia representativa y el del desarrollo de las formas de democracia directa de base o movimiento autogestionario, puede evitar el estatismo autoritario. Pero esta articulación plantea problemas nuevos.

En la estrategia del doble poder, la del reemplazamiento puro y simple del aparato de Estado por el aparato consejista, la cuestión de la toma del poder de Estado está considerada como un *paso previo* a su destrucción-sustitución. En el fondo, no se trata de una transformación del aparato de Estado: se toma primero el poder de Estado y, hecho esto, se pone otro en su lugar.

No puede en lo sucesivo tratarse de esto: si tomar el poder del Estado significa modificar la relación de fuerzas en el mismo seno del Estado, si esto remite a un proceso largo, esto implica igualmente que la toma del poder de Estado recubre una transformación concomitante de sus aparatos. Hasta tal punto sigue siendo cierto que el Estado tiene una materialidad propia: no sólo una modificación de la relación de fuerzas en el seno del Estado no basta para transformar esta materialidad, sino que esta misma relación no puede cristalizarse en el seno del Estado más que en la medida en que se transforman sus aparatos.

tos. Abandonar una estrategia de doble poder no significa echar por la borda la cuestión de la materialidad propia del Estado como aparato especial, sino plantearla de forma diferente.

He empleado a este propósito en este texto el término de *transformación radical* del aparato de Estado en una transición al socialismo democrático. Este término sigue siendo, ciertamente, indicativo, pero me parece que designa una dirección general limitada, me atrevo a decir, por dos direcciones prohibidas.

La primera —transformación radical del aparato de Estado en una vía democrática al socialismo— significa que no puede tratarse en lo sucesivo, de la que ha sido tradicionalmente calificada como *rotura* o *destrucción* de este aparato. Este término de rotura, que fue también un término indicativo en Marx, ha acabado históricamente por definir algo no menos preciso: la erradicación, precisamente, de toda forma de democracia representativa y de las llamadas libertades formales, en provecho exclusivo de la democracia directa de base y de las llamadas libertades reales. Hay que tomar el mismo partido: si la vía democrática al socialismo y el socialismo democrático significan también pluralismo político (de partidos) e ideológico, reconocimiento del papel del sufragio universal, extensión, y profundización de todas las libertades políticas, incluidas las de los adversarios, etc., no se puede emplear ya el término de rotura o de destrucción del aparato del Estado, a menos que se quiera jugar con las palabras. Se trata claramente, a través de todas sus transformaciones, de una cierta permanencia y continuidad de las instituciones de la democracia representativa: continuidad no en el sentido de una supervivencia lamentable que se soporta en tanto que no se puede hacer otra cosa, sino de una condición necesaria del socialismo democrático.

La segunda dirección prohibida —el término de transformación radical— designa a la vez la orientación y los medios de las modificaciones del aparato de Estado. No puede tratarse ni de readaptaciones secundarias (según un neoliberalismo del Estado de derecho restaurado), ni de modificaciones provenientes principalmente de arriba (según un socialdemocratismo tradicional o un estalinismo liberalizado): no puede tratarse de una transformación estatista del aparato de Estado. Una transformación del aparato de Estado orientada hacia la extinción del Estado sólo puede apoyarse en una intervención creciente de las masas populares en el Estado por medio ciertamente de sus representaciones sindicales y políticas, pero también por el despliegue de sus iniciativas propias en el seno mismo del Estado. Proceso éste también por etapas, pero que no puede limitarse a una simple democratización del Estado. Sea como fuere, ésta es la dirección que deben seguir las transformaciones necesarias del Estado, ya se trate del Parlamento, de las libertades, del papel de los partidos, de la democratización de los propios aparatos sindicales y políticos de la izquierda o de la descentralización.

Todo esto debe ir acompañado del despliegue de nuevas formas de democracia directa de base y del conjunto de focos y de redes autogestionarios. Una

transformación del aparato de Estado y un desarrollo de la democracia representativa por sí solos no pueden escapar al estatismo. Pero está también el otro aspecto de la cuestión: el desplazamiento unilateral y unívoco del centro de gravedad hacia el movimiento autogestionario no puede tampoco evitar, en un plazo más o menos breve, el estatismo tecno-burocrático y la confiscación autoritaria del poder por los expertos. Y esto de dos formas: primero, la de su centralización en un segundo poder y su sustitución pura y simple por los mecanismos de la democracia representativa. Pero también de otra forma preconizada actualmente con bastante frecuencia: el único medio de evitar el estatismo sería situarse fuera del Estado, abandonar su propia transformación, dejar en lo esencial el Estado (este mal radical y eterno) tal como es y, sin ir hasta el doble poder, limitarlo simplemente desde el exterior mediante "contrapoderes" autogestionarios de base; en resumen, poner al Estado en cuarentena e impedir la propagación de la enfermedad aislando su foco.

Esto se formula actualmente de múltiples maneras: en el lenguaje neotecnocrático, en primer lugar el de un Estado mantenido por la complejidad de las tareas de una sociedad "posindustrial", administrado por expertos de izquierdas y controlado simplemente por los dispositivos autogestionarios. Todo tecnócrata de izquierdas estaría, como máximo, flanqueado por un comisario de la democracia directa, lo que no parece dar mucho miedo a los diversos especialistas (véase su súbita pasión por la autogestión), pues saben bien a qué atenerse en este caso: las masas proponen, el Estado dispone... Esto se formula igualmente en el lenguaje neoliberal: el de un poder diseminado, desmenzado y pulverizado en una pluralidad infinita de micropoderes exteriores al Estado, los únicos de los que valdría la pena ocuparse si se quiere escapar del estatismo (guerrilla frente al Estado). En ambos casos, el resultado es el mismo: se deja intacto el Estado-Leviatán, se pasan por alto las transformaciones necesarias del Estado, las cuales el movimiento de democracia directa está abocado a la derrota. Más aún: se termina por excluir la intervención del movimiento autogestionario en las mismas transformaciones del Estado y por aislar los dos procesos en un simple paralelismo. ¿Cómo establecer, por ejemplo, una relación orgánica entre las comisiones de ciudadanos y las asambleas elegidas por sufragio nacional, transformadas a su vez en función de esta relación?

Está visto: no se trata, a decir verdad, de hacer una "síntesis" entre las dos tradiciones del movimiento popular, la estatista y la autogestionaria, que sería preciso unir. Se trata de situarse en una perspectiva global de extinción del Estado, perspectiva que comporta dos procesos articulados: la transformación del Estado y el despliegue de la democracia directa de base. Es la desarticulación de estos dos procesos lo que ha dado lugar a una escisión en forma de dos tradiciones, escisión cuyos resultados conocemos.

Esta vía, la única que puede llevar al socialismo democrático, tiene también su contrapartida: dos peligros la acechan.

En primer lugar, un viejo peligro, bien conocido, pero que se presenta aquí

de forma acentuada: la *reacción del adversario*, en este caso la burguesía. La actitud clásica de la estrategia de doble poder frente a este peligro fue precisamente la de la destrucción del aparato de Estado. Actitud que, en el caso que nos concierne, sigue siendo, en cierto sentido, válida: no podemos contentarnos con modificaciones secundarias del aparato de Estado, hay que proceder a rupturas profundas. Pero sólo sigue siendo válida en cierto sentido: en la medida en que ya no se trata de la destrucción del aparato de Estado y su sustitución por el segundo poder, sino de su transformación en un largo proceso, aunque no sea más que el desarrollo y la extensión de las libertades y de la democracia representativas, esto ofrece mayores posibilidades al adversario, bien para boicotear una experiencia de socialismo democrático, bien para intervenir brutalmente a fin de ponerle término. La vía democrática al socialismo no será ciertamente un simple paso pacífico.

No se puede afrontar aquí este peligro más que apoyándose activamente en un amplio movimiento popular. Digamos las cosas claramente: en todo caso, y frente a la estrategia "vanguardista" del doble poder, la realización de esta vía y de los objetivos que comporta, la articulación de los dos procesos que aspira a evitar el estatismo y el *impasse* socialdemócrata suponen el apoyo decisivo y continuo de un movimiento de masas basado en amplias alianzas populares. Si este movimiento desplegado y activo (la revolución activa, decía Gramsci, en oposición a la revolución pasiva) no existe, si la izquierda no consigue suscitarlo, nada podrá impedir la socialdemocratización de esta experiencia: los diversos programas, por radicales que sean, no cambian gran cosa en el asunto. Este amplio movimiento popular constituye una garantía frente a la reacción del adversario, aun cuando no sea suficiente y deba ir siempre unido a transformaciones radicales del Estado. Esta es la doble lección que podemos sacar de Chile: el fin de la experiencia de Allende no se debió solamente a la ausencia de estas transformaciones, sino también a que la intervención de la burguesía, inscrita en esta ausencia, fue posible por la ruptura de las alianzas entre clases populares (clase obrera-pequeña burguesía principalmente), lo que había previamente roto el impulso en favor del gobierno de la Unidad Popular. Para que la izquierda consiga suscitar este amplio movimiento, es preciso que tenga los medios para ello y que asuma fundamentalmente las nuevas reivindicaciones populares en estos frentes que se han llamado a veces, erróneamente, "frentes secundarios" (luchas femeninas, luchas ecologistas, etc.).

La segunda cuestión concierne a las *formas de articulación* de los dos procesos, el de las transformaciones del Estado y la democracia representativa, y el de la democracia directa y el movimiento autogestionario. Problema nuevo a partir del momento en que no puede tratarse de una supresión del uno en provecho del otro, ya sea por pura y simple eliminación de uno de los dos o por integración del uno en el otro (de los focos autogestionarios en las instituciones de la democracia representativa, por ejemplo), lo que conduce al mismo resultado. Problema nuevo, pues, a partir del momento en que no puede tampoco tratarse de una asimilación de los dos procesos. ¿Cómo evitar la reduc-

ción a un simple paralelismo y yuxtaposición de ambos, a que cada uno sólo siga su propio movimiento? ¿En qué dominios, a propósito de qué decisiones, en qué momento, uno debe tener prioridad sobre el otro (las asambleas representativas o los centros de democracia directa, el Parlamento o los comités de fábrica, los consejos municipales o las comisiones de ciudadanos, etc.)? ¿De qué forma prevenir la reglamentación de sus conflictos, hasta cierto punto inevitables, sin encaminarse, lenta pero seguramente, hacia una situación, efectiva o larvada, de *doble poder* precisamente?

Situación de doble poder que afectaría, esta vez, a dos poderes de izquierdas (gobierno de izquierda y poderes populares organizados en segundo poder). Es sabido ya, y es una de las lecciones que se pueden sacar del caso de Portugal esta vez: una situación de doble poder, incluso entre dos poderes de izquierdas, no se parece en nada a un juego de poderes y de contrapoderes que se equilibran mutuamente para mayor bien del socialismo y de la democracia. Esta situación conduce rápidamente a una oposición abierta entre los dos, con riesgo de eliminación de uno en favor del otro. En uno de los casos el resultado es la socialdemocratización (el caso de Portugal), en el otro (eliminación de la democracia representativa) no es la extinción del Estado y el triunfo de la democracia directa, sino, a un plazo más o menos largo, una dictadura autoritaria de nuevo tipo. En ambos casos será, a fin de cuentas, siempre el Estado el que saldrá ganando. Pero, por supuesto, hay grandes posibilidades de que antes incluso de que una situación, efectiva o larvada, de doble poder se presente, suceda otra cosa, que Portugal ha evitado por muy poco: la reacción fascista y brutal de la burguesía, pues de esto se puede estar seguro, siempre es parte activa en el asunto. Una oposición abierta entre estos dos poderes, después de una primera fase de parálisis real del Estado, corre un fuerte riesgo de ser resuelta por un tercero, la burguesía, de formas poco difíciles de imaginar. He dicho un tercero, pero, como se habrá adivinado en todos estos casos (intervención fascista, socialdemocratización o dictadura autoritaria de los expertos sobre los restos de la democracia directa), este tercero es, a la larga, siempre el mismo: de una forma u otra, la burguesía.

¿La solución y la respuesta a todo esto? Las indicaciones que he expuesto a lo largo de este texto, los numerosos trabajos, investigaciones y discusiones que están en marcha un poco por toda Europa, las experiencias parciales que se llevan a cabo actualmente (regionales, municipales, autogestionarias) no son una solución-receta, pues aún no existe una respuesta a estas cuestiones. No existe tampoco como modelo teóricamente garantizado en textos sagrados de algunos clásicos. Y la historia no nos ha legado hasta el presente ninguna experiencia lograda de vía democrática al socialismo: nos ha dado en compensación ejemplos negativos a evitar y errores sobre los que meditar, lo que no es despreciable. Cierta ente, se puede siempre argumentar, en nombre del realismo, por supuesto (el de la dictadura del proletariado o el de los otros, los neoliberales bien pensantes), que si este socialismo democrático no ha existido aún en ninguna parte, es porque resulta imposible. Tal vez: ya no tenemos la fe milena-

rista, basada en las leyes de bronce de una revolución democrática y socialista inevitable, ni el apoyo de una patria del socialismo democrático. Pero una cosa es segura: el socialismo será democrático o no será tal. Lo que es más: ser optimista en lo que respecta a la vía democrática al socialismo no equivale a considerarla como una vía regia, fácil y sin riesgos. Los riesgos existen, pero hasta cierto punto desplazados: como máximo, los riesgos serían que nos encaminásemos hacia los campos y las matanzas, siendo ya sus víctimas designadas. A esto respondería que, riesgo por riesgo, es preferible esto de todas formas que matar a los demás para terminar nosotros mismos bajo la guillotina de un Comité de Salvación Pública o de cualquier dictador del proletariado.

Riesgos del socialismo democrático que no se podrían evitar con certeza más que de una sola forma: mantenernos tranquilos y marchar derechos bajo los auspicios y la dirección de la democracia avanzada. Pero ésta es otra historia.

ZONA ABIERTA

Director: Fernando Claudin
Redacción y administración:
Las Fuentes 12, sótano izquierda
Madrid (13), España

EN TEORIA

Director: Ludolfo Paramio
La revista teórica del pensamiento social actual
Edita: Zona Abierta Editores S. A.
Las Fuentes 12, sótano izquierda
Madrid (13), España

Albert Einstein

POR QUE EL SOCIALISMO

Esta nota apareció en distintas revistas y publicaciones. Se ha tomado la versión de Monthly Review en español de julio de 1963. Fue preparado por Einstein para el primer número de MR, de mayo de 1949.

¿Es admisible que una persona no versada en acontecimientos económicos y sociales opine sobre el tema del socialismo?

Abordemos primero esta pregunta desde el punto de vista del conocimiento científico. Podría parecer que no existieran diferencias metodológicas esenciales entre la astronomía y la economía: el objetivo de los científicos es en ambos campos, descubrir leyes de validez universal para un grupo delimitado de fenómenos, a fin de mostrar, lo más claramente posible, su interrelación. Pero es indiscutible la existencia de tal tipo de diferencias metodológicas. No resulta fácil descubrir leyes generales en el campo de la economía dado que los fenómenos económicos observables están a menudo influidos por diversos factores que es muy difícil evaluar por separado. Por otra parte, la experiencia acumulada desde los comienzos del llamado "período civilizado de la historia humana", como bien se sabe, ha sido siempre ampliamente influida y condicionada por causas que en modo alguno son de naturaleza exclusivamente económica. Por ejemplo, a lo largo de la historia, la mayoría de los principales estados fueron a su turno conquistados. Los pueblos invasores se establecieron en el país dominado, como clases legal y económicamente privilegiadas. Monopolizaron la propiedad de la tierra y designaron un clero que surgía de sus propias filas, el que asumió el control de la educación, convirtiendo la división clasista de la sociedad en una institución permanente y creó un sistema de valores a través del cual pudo guiarse, en gran medida inconscientemente, la conducta social de los hombres.

Sin embargo, la tradición histórica pertenece, por así decirlo, al pasado; en ninguna parte se superó realmente lo que Thorstein Veblen denominaba la "fase depredatoria" del desarrollo humano. Los hechos económicos observables corresponden a esta fase las leyes que pueden inferirse de los mismos ni son verificables ni válidas y aun, en otras fases. Puesto que el verdadero objetivo del socialismo consiste, precisamente, en superar la fase depredatoria del desarrollo hu-

mano, es poca la luz que la ciencia económica puede arrojar en su estado actual sobre la futura sociedad socialista.

En segundo término, el socialismo tiene una finalidad ético-social. La ciencia, sin embargo, no puede establecer objetivos finales, y, menos aún, inculcárselos a los seres humanos; a lo sumo puede proporcionar los medios para obtener determinados fines. Pero los fines mismos son concebidos por personalidades de elevados ideales éticos; si éstos no son prematuros y endebles sino fuertes y vitales, serán adoptados y llevados hacia adelante por los hombres, quienes semi-inconscientemente, determinan la lenta evolución de la sociedad.

Por estas razones, deberíamos guardarnos de sobreestimar la ciencia y los métodos científicos en relación a problemas humanos y de suponer que los expertos son los únicos que tienen derecho a expresarse respecto de cuestiones que afectan a la organización de la sociedad.

De un tiempo a esta parte se acepta corrientemente que la sociedad humana atraviesa una grave crisis, que su estabilidad ha sido profundamente resquebrajada. Es característico de situaciones como ésta, que los individuos se sientan indiferentes, y aún hostiles, hacia el grupo, grande o pequeño, al cual pertenecen. Permítaseme registrar aquí, a modo de ejemplo, una experiencia personal. Recientemente discutí, con una persona bien informada e inteligente, acerca de la amenaza de una nueva guerra, la que, según mi opinión, haría peligrar seriamente la existencia de la humanidad; y sostuve que sólo una organización supra-nacional podría ofrecer protección frente al peligro. Mi interlocutor respondió de manera muy tranquila y directa: ¿"Por qué se opone usted tan decididamente a la desaparición de la raza humana?" Estoy convencido que cien años atrás nadie hubiera podido replicar con tanta ligereza. Se trata de la expresión de un hombre que se ha debatido en vano por lograr algún tipo de equilibrio interno y que casi ha perdido toda esperanza de obtenerlo. Refleja la dolorosa soledad y aislamiento que tantas personas padecen en la actualidad. ¿Cuál es la causa? ¿Existe una salida?

Es fácil plantear preguntas de esta índole, pero difícil responder a ellas con algún grado de seguridad. Debo, empero, intentar hacerlo del mejor modo posible, aunque soy muy conciente del hecho que nuestros sentimientos e impulsos a menudo son contradictorios y oscuros, y que no pueden ser expresados en fórmulas simples y terminantes.

La doble naturaleza del hombre

El hombre es, simultáneamente, un ser solitario y social. En tanto solitario, trata de proteger su propia existencia y la de quienes están cerca suyo, a fin de satisfacer sus necesidades personales y desarrollar sus aptitudes. Como ser social, procura merecer el reconocimiento y afecto de sus compañeros, compartir sus alegrías, confortarlos en su sufrimiento y mejorar sus condiciones de vida. Sólo la existencia de estas alternativas, frecuentemente conflictuadas, explican el

carácter propio de los hombres; su particular combinación determina el grado en que un individuo puede lograr el equilibrio interno y contribuir al bienestar de la sociedad. Es muy posible que en lo fundamental sea la herencia la que determina la fuerza relativa de ambas tendencias. Pero la personalidad que finalmente emerge resulta, en gran medida, de la influencia del medio ambiente en el que el hombre se desarrolla, de la estructura social en la que se desenvuelve, de la tradición de esa sociedad y de la evaluación que ella haga de los tipos particulares de conductas. El concepto abstracto de "sociedad" significa, para el individuo humano, la suma total de sus relaciones directas e indirectas con sus contemporáneos y con sus antepasados. El hombre es capaz de pensar, sentir, luchar y trabajar por sí mismo; depende, empero, tanto de la sociedad —en los aspectos físicos, intelectual y emocional— que resulta imposible pensar en él, o intentar comprenderle, fuera del marco de la sociedad. Es la "sociedad" la que proporciona al hombre el alimento, el vestido, la vivienda, los instrumentos de trabajo, el lenguaje, las formas y gran parte del contenido del pensamiento; su vida resulta posible por el trabajo y las realizaciones de millones de hombres del pasado y del presente que es lo implicado por el insignificante término de "sociedad".

Es evidente, pues, que la dependencia del individuo humano respecto de la sociedad es un hecho natural innegable. Como lo es también a la hormiga y la abeja respecto del hormiguero y la colmena. Sin embargo, mientras que todo el proceso vital de hormigas y abejas obedece, hasta en el más mínimo detalle, a instintos rígidos y hereditarios, las normas sociales y las interrelaciones de los seres humanos son muy variables y susceptibles de modificaciones. Tanto la memoria como la aptitud para organizar nuevas experiencias y la propiedad de la comunicación oral, hicieron posible que en su desarrollo, los seres humanos trascendieran el plano de las necesidades estrictamente biológicas. Dicho desarrollo se manifiesta en tradiciones, instituciones y organizaciones; en literatura; en realizaciones científicas y técnicas; en obras de arte. Esto explica cómo, en cierto sentido, el hombre puede influir sobre su propia vida a través de su conducta, y que, en este proceso, el pensamiento conciente y la voluntad desempeñan un papel.

El hombre hereda al nacer, una constitución biológica que debemos considerar fija e inalterable y que incluye los impulsos naturales característicos de la especie humana. A ella se suma, en el curso de su vida, una estructura cultural que el hombre adopta de la sociedad a través de la comunicación, y otras vías de influencia. Esta estructura cultural, sujeta a modificaciones a través del tiempo, condiciona, en gran medida, la relación hombre-sociedad. Sobre la base de investigaciones comparativas de las llamadas culturas primitivas, la antropología moderna nos ha enseñado que la conducta social de los seres humanos puede diferir enormemente, según sean las pautas de cultura prevalecientes y los tipos de organización que predominan en la sociedad. En esto se basan quienes luchan por mejorar el curso de la historia humana. La constitución biológica no condena a los hombres a un destino cruel que en realidad ellos se autoinfligen, ni a su mutua aniquilación.

Quien se pregunte cómo podría cambiarse la estructura de la sociedad y las actitudes culturales del hombre, a fin de transformar la vida humana, debe ser conciente del hecho que existen condiciones que no es posible modificar. Como ya se dijo, la naturaleza biológica del hombre es inmodificable, cualquiera sea el fin que los hombres persiguen. Por otra parte, el desarrollo tecnológico y demográfico de los últimos siglos ha creado de modo definitivo ciertas condiciones. Tratándose de poblaciones relativamente densas, que se autoabastecen de los bienes indispensables para su subsistencia, son imprescindibles una minuciosa división del trabajo y un aparato productivo estrictamente centralizado. La época en que individuos o pequeños grupos podían autoabastecerse y que muchos conciben idílica, ha desaparecido definitivamente. Pero en cambio es apenas exagerado el sostener que la humanidad constituye todavía una comunidad planetaria de producción y consumo.

Alcanzado este punto creo oportuno señalar, brevemente, lo que para mí constituye la esencia de la crisis de nuestro tiempo: la relación individuo-sociedad. Jamás se tuvo tanto conciencia como hoy acerca de la dependencia del hombre respecto de la sociedad. Dependencia que él no experimenta positivamente, como un lazo orgánico, o una fuerza protectora, sino como una amenaza a sus derechos naturales, y aún a su existencia económica. Su posición en la sociedad es tal, que constantemente son acentuados los impulsos egoístas de su personalidad mientras que los impulsos sociales, más débiles por naturaleza, son progresivamente deteriorados. Todos los seres humanos, cualquiera sea su posición en la sociedad, sufren este proceso de deterioro. Inconscientemente, prisioneros de su propio egoísmo, se sienten inseguros, solos y despojados de la ingenua y sencilla alegría de vivir. Sólo consagrándose a la sociedad puede el hombre hallar sentido a su corta y arriesgada existencia.

El origen del mal

A mi modo de ver, la verdadera fuente del mal reside en la anarquía económica de la sociedad capitalista actual. Así, presenciamos una gran comunidad de productores cuyos miembros luchan infatigablemente por despojarse mutuamente de los frutos de su trabajo colectivo, no por la fuerza sino por la fiel complicidad con el orden legal establecido. En este sentido, es importante comprender que los medios de producción —es decir la capacidad productiva total requerida para producir bienes de consumo, así como bienes de capital— pueden ser legalmente, y en su mayoría lo son, propiedad privada de individuos.

Por razones de claridad en la discusión que sigue, denominaré "obreros" a todos aquellos que no comparten la propiedad sobre los medios de producción, pese a que esta acepción no responde al uso habitual de la palabra.

El propietario de los medios de producción ocupa una posición que le permite comprar la fuerza de trabajo del obrero. Utilizando los medios de producción el obrero produce otros bienes que, a su vez, se convierten en propiedad del capitalista. Lo esencial de este proceso reside en la relación

existente entre lo producido por el obrero y el salario que recibe, medidos uno y otro en términos de valor real. Mientras que el contrato de trabajo es libre el salario del obrero se determina no por el valor real de los bienes que produce, sino en función de sus necesidades mínimas y por la relación entre la demanda de fuerza de trabajo por los capitalistas y la cantidad de obreros que compiten en encontrarlo. Es necesario advertir que ni siquiera en teoría el salario del obrero está determinado por el valor de su producto.

El capital privado tiende a concentrarse en pocas manos, en parte merced a la competencia misma de los capitalistas, y en parte porque el desarrollo tecnológico y la creciente división del trabajo estipulan la formación de unidades de producción mayores a expensas de las pequeñas. De este desarrollo resulta una oligarquía de capitales privados cuyo inmenso poder no puede ser eficazmente controlado ni siquiera mediante una sociedad democráticamente organizada. Esto es válido desde que los miembros de los cuerpos legislativos son seleccionados por partidos políticos, ampliamente financiados o bien influidos estos, a su vez, por capitalistas privados, quienes en aras de sus objetivos particulares separan el electorado del cuerpo legislativo. De aquí que, en realidad, los representantes del pueblo no protejan suficientemente los intereses de los sectores no privilegiados de la población. Bajo estas condiciones, es inevitable que los capitalistas privados incluso controlen, en forma directa o indirecta, las principales fuentes de información (prensa, radio, educación). Es, pues, tremendamente difícil, y en muchos casos realmente imposible, para el ciudadano, llegar a conclusiones objetivas y hacer uso inteligente de sus derechos políticos.

De este modo, caracterizan la situación predominante de una economía basada sobre la propiedad privada del capital, dos principios fundamentales: primero, los medios de producción (capital) son de propiedad privada y los propietarios pueden disponer de ellos a su conveniencia. segundo, el contrato de trabajo es libre. Por supuesto, no existe una sociedad puramente capitalista en este sentido. En particular es preciso señalar que tras largas y amargas luchas políticas llevadas a cabo por la clase obrera, ciertas categorías de obreros han obtenido algunas "mejoras" sobre el contrato de trabajo "libre". En su conjunto, sin embargo, la economía actual no difiere mayormente de la forma "pura" de capitalismo.

No es la utilidad social sino la ganancia la que motiva la producción.

El "ejército de desocupados" es una variable constante de este sistema, que no preve fuentes seguras y permanentes de trabajo para todos aquellos hombres capaces y dispuestos a trabajar.

El obrero se halla bajo la constante amenaza de perder su trabajo. Puesto que los desocupados, así como los obreros de salarios bajos, no proporcionan un mercado amplio, la producción de bienes de consumo es reducida, determinando las consiguientes privaciones y penurias. Con frecuencia, el progreso tecnológico conduce no a la disminución del esfuerzo productivo sino a la

aeocupación. De la motivación capitalista dominante (el beneficio) y la competencia entre capitalistas, resulta la inestabilidad en la acumulación y utilización del capital, lo que a su vez provoca crecientes depresiones. La competencia ilimitada desperdicia enormes cantidades de trabajo y deforma la conciencia social de los individuos.

Considero que esta mutilación del hombre es el peor defecto del capitalismo. Todo nuestro sistema educacional padece este mal. Se promueve en el estudiante una actitud exageradamente competitiva induciéndolo a sobrevalorar la capacidad adquisitiva y a hacer de ésta su objetivo.

Estoy convencido que sólo existe una manera de eliminar estos graves males: fundamentalmente mediante la constitución de una economía socialista, acompañada de un sistema educativo orientado por objetivos sociales.

En una economía de este tipo, la misma sociedad es propietaria de los medios de producción y los utiliza de manera planificada. Una economía planificada, que ajustara la producción a las necesidades de la comunidad, distribuirá el trabajo necesario entre todos los que fueran aptos para trabajar y garantizará la subsistencia a cada hombre, mujer o niño, la educación del individuo intentaría promover en él, tanto el desarrollo de sus aptitudes como el sentido de la responsabilidad hacia sus congéneres, en lugar de glorificar el poder y el éxito por sí mismos, como hace nuestra sociedad actual.

Sin embargo, conviene recordar que economía planificada no es sinónimo de socialismo. La esclavización del individuo puede ser simultánea a la existencia de una economía planificada. La realización del socialismo requiere la solución de algunos problemas socio-políticos estrechamente difíciles: ¿Cómo evitar que la burocracia se convierta en una fuerza todopoderosa y arrogante, basada en una alta centralización del poder político y económico? ¿Cómo asegurar los derechos del individuo, y oponer así un firme contrapeso democrático al poder de la burocracia?

En nuestra época de transición resulta de fundamental importancia comprender con claridad los objetivos y problemas del socialismo. Considerando que en las actuales circunstancias la discusión libre e incondicional ha devenido en tabú, estimo que la publicación de esta revista es una importante contribución al progreso de la sociedad.

La tremenda carnicería que significó para Bolivia y Paraguay su guerra por el Chaco Boreal, se fue gestando algunos años antes de su final estallido, en 1932.

Los diarios de todo el Continente, y especialmente los sudamericanos, se hacían eco periódicamente de la inminencia del conflicto, para el cual se cebaban mutuamente los futuros combatientes atacando sus respectivos fortines y resguardos fronterizos. Tras los móviles aparentes de una disputa de reivindicaciones nacionales, se ocultaban a la sombra los azuzados por dos empresas petroleras rivales, la Standard Oil, norteamericana, y la Royal Dutch Shell, británico-holandesa. Cuando la hecatombe sobrevino, no quedó duda alguna de que su signo había sido el petrolero.

El documento que se leerá a continuación pertenece a la época de los prolegómenos de la contienda, y fue dado a conocer por la Unión Latino Americana:

A las filiales de la Unión Latino Americana, a las federaciones universitarias y a los trabajadores manuales e intelectuales de Bolivia y el Paraguay:

Hemos esperado vanamente la pacificación de la incidencia producida entre los gobiernos de Asunción y La Paz. Nuestras esperanzas, concordes con las de todo hispanoamericanista idealista, han sido defraudadas hasta hoy. Y en este pacífico suelo de América, cuna promisoría de una humanidad redimida de egoísmos, ha comenzado a derramarse sangre fraterna. Soldados bolivianos y paraguayos han caído ya bajo las balas de la guerra, pagando con sus vidas la increíble locura de los gobernantes.

Urge, pues, reaccionar para mantener la paz. No es hora de averiguar quién es el culpable. Ni de aplicar la vieja ley del Talión. Una concepción más alta y noble del destino humano impone vadear esos conceptos, para detener, generosamente, el crimen colectivo de la guerra. Cualquier agravio, cualquier derramamiento de sangre, es menor, infinitamente menor, al terrible desastre que provocaría un conflicto entre los dos pueblos.

Bolivia y Paraguay, para alcanzar el aprecio universal y para conquistar un grado efectivo de progreso interno, deben mantener la paz. El honor nacional,

antes que una carnicería humana, es un estado de conciencia colectiva. La verdadera prueba de jerarquía nacional se adquiere practicando la serenidad y no incurriendo, por exceso de sentimentalismo patriótico, en un mal mucho peor que el que se quiere remediar.

La paz no es un estado negativo. Es, al contrario, un estado activo, que se conquista mediante el equilibrio de las fuerzas sociales. La paz ofrece recursos para resolver los litigios. Aún éstos, en los que se han volcado todos los extremos belicosos.

Sólo una locura generalizada, o una ceguera increíble, puede arrastrar a la lucha a dos nobles pueblos hermanos que han pasado por el doloroso calvario de otras guerras infaustas y que poseen vastos y riquísimos territorios.

¿Y a disputar qué? Regiones insalubres, inhabitadas, sin más riqueza que el petróleo, que, en última instancia, no va a pertenecer o dar poderío al pueblo boliviano ni al pueblo paraguayo, sino a los capitalistas norteamericanos, que desde las sombras especulan el conflicto.

Y aquí llegamos a un punto esencial. La coexistencia de los pueblos hermanos crea deberes sagrados. Ante el avance imperialista, que ya hincó su garra en el norte iberoamericano, sólo la unión nos puede salvar. ¿Cómo calificar entonces la actitud de quienes abren, con sus disputas, el camino al capitalismo invasor? ¿Acaso no es perceptible que los banqueros de Wall Street venderán su ferretería bélica, colocarán empréstitos en condiciones onerosas, se apoderarán de todas las riquezas naturales, presentes y futuras, a cambio del apoyo que prestarán para que Paraguay y Bolivia se destrocen mutuamente y sean fáciles víctimas después?

No, hermanos de Bolivia y del Paraguay. Detengan las armas fratricidas, piensen un instante en el porvenir de América y en la responsabilidad ante las propias patrias, y bajen los brazos armados, aceptando la mediación pacífica de un árbitro hispanoamericano.

Desconfiad de los gobiernos, vinculados generalmente a los intereses minoritarios, y proceded por cuenta propia, como vivas expresiones de la conciencia popular.

Buenos Aires, 10 de diciembre de 1928.

POR LA UNION LATINO AMERICANA

Alfredo L. Palacios, presidente; Carlos Sánchez Viamonte, vicepresidente; Manuel A. Seoane, secretario general; Julio R. Barcos, Alfredo A. Bianchi, Oscar Herrera, Euclides E. Jaime, Jorge Lascano, Fernando Márquez Miranda, Isidro J. Odena, Florentino Sanguinetti, Gabriel del Mazo, Antonio Herrero, Adolfo Korn Villafañe, Saúl N. Bagú, Emilio R. Biagosch, Blanca Luz Brum, Enrique Cornejo Koster, Fernán Cisneros (h.), César A. Miró Quesada, Diego R. May Zubiria, Horacio Trejo, Pedro A. Verde Tello y Guillermo R. Watson, delegados.

Icaria

JOSE CARLOS MARIATEGUI A 50 AÑOS DE SU MUERTE

*Como eras hombre, tu arte fue humanista.
Lo trabajaste a modo de un acero:
Tu amor, la llama y tu odio de utopista,
martillo forjador. Fuiste un obrero.*

*Fuiste un obrero del dolor humano:
La roja pluma de dolor sedienta
con fuerza asiste y con honrada mano,
y en tu mano la pluma fue herramienta.*

(“Mariátegui”, por Alvaro Yunque).

La cultura peruana ha contribuido al pensamiento latinoamericano con dos inteligencias que han señalado rumbos en el difícil camino ascendente del continente: una de ellas fue Manuel González Prada, la otra José Carlos Mariátegui.

Con el paso del tiempo la personalidad de Mariátegui se agiganta y se proyecta entre los intelectuales comprometidos a trabajar para que la cultura esté al servicio del pueblo.

Para Mariátegui la actividad intelectual no era una función intrínseca del espíritu humano, ni los intelectuales constituían un grupo autónomo, independiente de la sociedad. Consideraba que en toda actividad humana había algo de intelectual. ¿No emplea acaso un obrero manual juntamente con su fuerza muscular la inteligencia que lo conduce a alcanzar concientemente un objetivo? “El destino del hombre —decía Mariátegui— es la creación. Y el trabajo es creación, es decir liberación. El hombre se realiza en su trabajo.”

No existe actividad humana en la que se pueda excluir toda intervención intelectual “no se puede separar —afirmó alguna vez Antonio Gramsci— al homo faber del homo sapiens”. Todos los hombres al margen de su profesión manifiestan de alguna manera su aptitud intelectual, ya sea como artistas u hombres de gusto, participando de una concepción del mundo u observando una línea de conducta moral.

La diferencia o el criterio de distinción del intelectual no deberá buscarse pues, en lo intrínseco del espíritu pensante sino en el conjunto de esas relaciones que constituyen y determinan el carácter profesional del mismo en el marco de la sociedad. El escritor no puede refugiarse en el mundo de un pensamiento puro que planea por encima de la realidad, puesto que expresa en términos de ideas las modificaciones anunciadas por el progreso técnico-económico y social.

Pero es aquí donde se separan dos tipos de escritores, los creadores de cultura y los distribuidores, es decir, vulgarizadores de la riqueza intelectual existente, tradicional. Mariátegui estaba enrolado decididamente en la primera de las tendencias.

Su labor intelectual se desarrolló según el querer de Nietzsche, que no amaba al autor de un libro contraído a su producción intencional y deliberada, sino a esa actividad espontánea y creadora de pensamiento que lo hace nacer casi inadvertidamente.

No aceptaba como nuevo un arte que se redujera a traer una nueva técnica, pues creía que la renovación artística debía ser algo más que una conquista formal. "En el mundo contemporáneo coexisten dos almas —decía— las de la revolución y la decadencia. Sólo la presencia de la primera confiere a un poema o un cuadro valor de arte nuevo."

Tenía una vocación científica que era alumbrada por una fina intuición estética. Quedan los testimonios, muchas de esas obras aparecieron con posterioridad a su muerte. Desde "La Escena Contemporánea", sus "7 Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana", "El Proceso de la Literatura", en "La Novela y la Vida", "El Alma Matinal y otras estaciones del hombre de hoy", "El Artista y la Época", con "Peruanizar el Perú", "En Defensa del Marxismo" e "Ideología y Política", supo unir al pensador con el militante, apasionadamente comprometido con la revolución latinoamericana. "Otra vez repito —expresaba en los 7 Ensayos— que no soy un crítico imparcial y objetivo. Mis juicios se nutren de mis ideales, de mis sentimientos, de mis pasiones. Tengo una declarada y enérgica ambición: la de concurrir a la creación del socialismo peruano."

Hay un aspecto de la obra de Mariátegui poco profundizado por quienes han trabajado sus ideas: su aporte creador al humanismo marxista, que es lucha por desmentir la idea de que el marxismo obedece a un determinismo pasivo y rígido o que apela a una evolución social preestablecida. Se trata en Mariátegui de una proyección voluntarista del pensamiento de Marx, con influencias que reconocen a Nietzsche, Bergson y Sorel. Frente a una concepción determinista de la realidad, del materialismo vulgar, y el empuje triunfal del impulso interior, de Nietzsche, Mariátegui reivindica el carácter humanista del materialismo dialéctico, el cual rechaza aquello de que la realidad se refleja mecánicamente en el pensamiento como en un espejo. Entre el hombre y la naturaleza hay una dependencia recíproca, un accionar del uno sobre la otra. Es una dependencia recíproca indisoluble. El hombre con su acción, que es decir activi-

dad práctica, está frente a la naturaleza que lo influye, pero al mismo tiempo reacciona contra ella, conociendo sus leyes y haciéndolas obrar en un sentido determinado. De esta manera el hombre es creador y no solamente un producto de la naturaleza y de la sociedad. ¿Acaso no afirmaba Gramsci que la voluntad tenaz del hombre ha substituido a la ley natural, al curso fatal de las cosas?

Murió a la temprana edad de 35 años, el 16 de abril de 1930. Su vida no fue nada fácil. De origen muy humilde, fue un autodidacta. Debía alternar su carrera de ensayista y hombre de ideas, luchando para mantener a su esposa y cuatro hijos. La enfermedad que martirizaba su cuerpo, lo convirtió en 1924 en un lisiado. Por esa época, al editar su famosa revista "AMAUTA" y el periódico de combate "LABOR" la persecución policial no le dio respiro. Una vida tranquila hubiese tal vez prolongado por varios años su vida. Tal actitud no era para Mariátegui, intelectual comprometido con su época. Por eso hoy lo recordamos con admiración.

NUEVA SOCIEDAD

La actualidad política, social y económica latinoamericana desde una óptica distinta.

Director: Karl-Ludolf Hübener

Redacción y distribución:

Edificio IASA, 6º piso Oficina 606

Plaza La Castellana

Caracas, Venezuela

SISTEMA

El nuevo pensamiento español para todo el mundo.

Director: Elías Díaz

Secretario: José Félix Tezanos

Redacción y administración:

Joaquín Costa 61 - 6º

Madrid (6), España

RADIOGRAFIA DEL RIACHUELO

El escrito que sigue, apareció en la revista Libertad Creadora, N° 2, abril/junio de 1943, que dirigía Guillermo Korn. Fue publicado por Mario Bravo con el pseudónimo de Martín Balcarce. Se refiere a la época del gobierno conservador de fines del 30 durante la "década infame", especialmente al caudillo de Avellaneda, Alberto Barceló.

1

Quedaba un poco del olor a pólvora del 90 y del 93. En el barrio de Barracas al Sur, criollos de ambos bandos resucitaban en los peringundines y boliches las consignas en boga, y se tajeaban y baleaban por los caudillos locales de la Unión Cívica o del Partido Vacuno.

Años hacía que el muchacho había dejado la escuela.

2

Eran tiempos de payadas. En los circos de los barrios payaba Gabino Ezeiza, o relataba en milongas amores y desengaños: "Atención pido al silencio y al silencio atención; voy a contarles la historia que a un hombre le sucedió". Así Gabino empezaba aquel doliente relato que desparramaba lágrimas por las gradas del tablado. Por ese tiempo también hizo furor Pablo Vázquez, con aquel valse de amores en que quiso ser el Dante. El organito en las calles y el piano cluenco del barrio daban penas a las niñas y ardores a los muchachos, en las horas melancólicas del poverrio de antaño.

Acaudillaba ya entonces la mozada de Barracas: "Meta bala, meta fierro, pare el baile y abran cancha".

3

Por las calles polvorientas de Avellaneda convergían hacia los grandes portones del Mercado Central de Frutos las tropas de carros cargados de mercadería nacional. En el pescante, el carrero de blusa floreada, pañuelo al cuello, flequillo sobre la frente, chambergo requeintado, daga al cinto. El látigo de tres brazadas, como para alcanzar al percheron puntero. ¡Arre, ocioso! ¡Tira, tordillo! ¡Vamos, malacara! Buenos Aires arrojó la resaca de sus primeros tangos: "soy el rubio Pichinanga, y yo el pardo Sipería..." O bien aquello que el compadrón de pantalón con franja y botines con capellada de una sola pieza y taco alto, solía canturrear, atuzándose el bigote. "¡Qué me importa que no paguen la quincena, no me da pena, ni he de llorar!..."

El hombre veía pasar el esfuerzo del suelo argentino, en lanas, huesos

y cueros, con olor a carroña. Cueros de carpincho. ¡Buenos días, don! ¡Buenos días, Nato! Cueros de avestruz. ¡Buenos días, don! ¡Buenos días, Zapatilla! Cueros de tigre. ¡Adios Chimango! Cueros de nutria. ¡Esta noche, pardo Flores! Lana de Entre Ríos. Lana del Chubut. Plumas de garza. Cuernitos de cabra...

Aforismo fundamental: Yo no trabajo, es verdad. Pero no impido que otros trabajen.

4

Mañana, elecciones. Taba y monte en la ribera. Taba y asado al asador en Crucecita. Taba, pañaladas, monte y contrapunto en el bajo del Riachuelo, cerca del puente. ¡Viva la Unión Cívica Radical! Frente al comité, el gritón descargaba su revólver. A la hora de la noche, lleno el comité de gente para la votación del día siguiente, apareció ocupando la puerta con sus ademanes, el cuereador de nutrias. ¡Buenas noches, amigos! ¡Buenas las tenga, amigo! ¿Se puede estar aquí? Pase, no más, y entre en el juego, que el banquero está queriendo que le arrebatan la banca. Mirada escrutadora sobre los circunstantes. Olor a caña. Olor a mugre. Olor a borrachos. ¿Les molesta el humo? ¡Qué esperanza! Y el recién llegado desenfundó el revólver e hizo trizas a balazos la lámpara colgada sobre la mesa de juego del comité, empujó al banquero, se alzó con la parada, se abrió paso entre los que huían. La policía clausuró el local y citó a los caudillos opositores.

Las elecciones las ganaron los vacunos. Seguido de un grupo de partidarios, volvía del atrio cruzando la plaza principal, el triunfador del día. El viejo farmacéutico, contemplando el desfile, ratificó su sentencia: "Yo no he de verlo, porque soy viejo. Pero ese mozo va a llegar a muy alto, a muy alto. Tiene mucho de lo que a otros les falta y tiene poco de lo que a otros les sobra".

5

Ya tiene, por entonces, anécdota. Un día, uno de sus partidarios, entre asombrado y jubiloso, le dijo: Te han puesto en las listas del comité para concejales. —Así es —respondió—. Pero, ¿cómo voy a poder ser concejal, si nadie me conoce? —Precisamente: serías concejal porque nadie te conoce.

6

¿Quiénes dice que son? Dicen que son socialistas. ¿Y son de aquí? Sí, señor, de aquí. ¡Lo qué nos está saliendo! Bueno. Ya sabe comisario. ¡Que se vayan a la capital! Mitin político en la plaza. Un mitin sin taba, sin pañaladas, sin caña, sin asado. Un mitin nuevo. Una palabra nueva, ¡Viva el Partido Socialista! La policía se llevó la bandera, a los oradores, a los organizadores. A medianoche, el comisario los pone en libertad. —Los pongo en libertad por don Alberto; ¡porque lo ha pedido don Alberto!

7

Pero si es un criollo! Usted no lo conoce. Amigo de sus amigos. ¿Tiene usted un apuro? ¿Perdió en las carreras? ¿Debe al Banco? ¿Está en falta con la caja? Lo han citado por un cheque sin fondos? ¿Es oficialista? ¿Es opositor? ¿Es independiente? La generosidad es ciega. Cómo no, mi amigo! ¡Si sabré yo lo qué son esas cosas! Los que nos hemos formado luchando desde abajo. Vaya,

no más. Entre criollos no hay diferencias. Ya sé que usted me combate; está en su derecho. Yo también lo combato a usted y estoy en mi derecho. Esa es la política. Pero, fuera de la política, podemos ser amigos... ¿Cuánto me dijo que andaba necesitando? Bueno, una insignificancia. Esa es la política, en la vida andamos.

8

Plata! Hágalo callar a tiros. Si no le conviene, hágalo callar con plata. El diario trajo en títulos redondos la calificación. Lo estrujó. Lo arrojó. "El tortuoso caudillo de Avellaneda..." Serenidad. Habanos. Sillón. Humo... ¡Prieto! Arrégleme a ese diario. Más tarde. ¿Y? por la mitad, don Alberto. Al día siguiente: "La pasión política y el afán por servir los intereses públicos, oscurecen el criterio de los más sensatos". Al día siguiente: "Pues, si como hombre político tiene defectos —¿y quién no los tiene?— es, con todo, un personaje de proyecciones nacionales..."

9

Marcha fúnebre. Cortejo a pie. Férretro conducido a pulso. Personajes de corbata negra. El gobernador ha enviado, también, su pésame. Pasa el cortejo, silencioso. La policía sigue de cerca, como sobre una pista. La barra enemiga celebra la muerte en el Farol Colorado. Las timbas están de duelo. La bandera argentina del comité conservador, pasa, enlutada. Se anota la defunción en los prontuarios de la policía de investigaciones. En un pueblo que se llama Avellaneda. Por una calle que se llama Mitre, Epoca contemporánea.

10

Sección primera de Avellaneda. Jardín de suplicios. Picana eléctrica. Azotes, tormento de la sed. Tormento del sueño. Hábil interrogatorio. Desvanecimientos. ¡El médico! ¡El médico! ¿Quién es? Lo mandaron de la Especial. Entonces, síncope cardíaco. ¿Era del sindicato? Síncope cardíaco. ¿Era judío de Odesa? Síncope cardíaco. ¿Agitador del puerto? Síncope cardíaco. ¿Del frigorífico? Síncope cardíaco. En el velorio: —Señora, es una desgracia. Esto para los gastos del entierro... ¿Cuántos chicos deja? Tome cien pesos para cada uno. Don Alberto es amigo de los pobres.

11

¡Gobernador amigo! ¡Ande bien con los diarios! Y haga obras públicas. Mucha obra pública. Mucha inauguración. Mucha fotografía. Mucho asfalto. Mucho adoquín. Muchas calles. Muchas villas. Gobernador, en los tiempos que corren, el pedestal de las estatuas es de cemento.

12

Al despedirse el último visitante: ¡Al fin solo! ¡Qué gente! Comen. Beben. Fuman. Hablan. ¡Capitalistas electorales! De la primera, de la segunda, de la cuarta, ¡puah! ¿De dónde? ¡Gatos! ¡El doctor Tall! ¡El doctor Cual! ¡El senador Zutano! ¡El diputado Menganó! ¡El ministro B! ¡Parece mentira! ¡Cómo me rodean, cómo me solicitan, cómo me buscan! ¡Hace cuarenta años, nadie hubiera dicho que mi destino sería tan espléndido! ¡Porque es espléndido! ¿Quién lo

duda? Es el resultado de mi esfuerzo. En silencio... Todo es obra mía. Desde la iglesia hasta el Farol Colorado. Desde el Puente hasta Gerli. Desde el Mercado hasta Puente Alsina. Cada loteo lleva mi firma. Cada licitación lleva mi firma. Cada inundación lleva mi firma. Cinco mil votos, diez mil votos, veinte mil votos. ¡Avellaneda es mía contra el que raye! ¡Irigoyen! ¡Cantillo! ¡Crovetto! ¡Vergara!... todo es cuestión de arreglo. Cada lechón en su teta es el modo de mamar, como decía el viejo Vizcacha.

13

Medianoche. ¿Vió el diario, don Alberto? Sí, Habiague. Don Alberto sentado, don Alberto conversando. Don Alberto fumando. Don Alberto comiendo. Don Alberto... ¡Uf! Una voz interior dice: Cada fotografía es el fruto de tu monedera. Alberto, te aprovechan. ¡Ojo! Más popularidad te da la ruleta si pierdes, que la prensa que pagas. No dicen: Don Alberto leyendo. Ni don Alberto, en la biblioteca. Ni don Alberto, trabajando. Ni don Alberto, dando conferencias. Ni don Alberto, derribando ministros desde el Parlamento. No. ¡Ojo, Alberto! Tu esplendidez tendrá límite. Tu vida política terminará allí donde comience la de tu contrario en virtudes cívicas. Senador. Gobernador. Y ahora, el General te dice: "¡Mi compañero de fórmula!" Cuando el General te elogie, espera la patada, Alberto.

14

¡Qué macana... Gobernador! ¡Pero si lo ha sido Crovetto! ¡Y Martínez de Hoz! ¡Y Fresco! ¿Por qué no puedo serlo yo? Eso es lo que digo. El presidente me necesita para apoyar su evolución. Mis diputados. Mis barras. Mis muchachos. Mis cobres. ¡Oh! El excelentísimo señor gobernador de la provincia de Buenos Aires, don... Me dirán doctor, como a Elpidio. ¡Elpidio! ¿Cómo pasan los años! (Desde el altoparlante del café de la plaza, llegan músicas variadas. Cantos. Un maíz. Un gorrión. Un jagüel. Un ombú... Milongas... Las de antes. "Te acordás, hermano, los tiempos aquellos...". Aparece en el balcón para escuchar con melancolía, la letra del viejo tango: "¿Te acordás, hermano, la rubia Mireya...?").

El sirviente:

—Señor, por teléfono, el gobernador, desde La Plata.

—Decile que no he llegado todavía. ¡Y no me moleste más!

¿Te acordás, hermano..., los tiempos aquellos...?

MONTHLY REVIEW

Edición mensual en castellano

Redacción y administración:

Apartado de Correos 2760, Barcelona, España

¿Por qué ICARIA?

Resulta obligado decir algo a modo de presentación cuando se inicia la publicación de una nueva revista: quién la hace, por qué, de qué se va a hablar en ella, qué objetivos o finalidades pretenden cumplirse.

En una parte de la revista se consigna su Consejo Asesor: ellos y, sobre todo, los colaboradores serán quienes hagan la revista.

De los demás puntos es más difícil hablar: hay siempre el riesgo de quedarse en unas cuantas grandes palabras y en unos cuantos grandes propósitos que no aclaran mucho y que probablemente habrían de quedar incumplidos. Es mejor, entonces, desarrollar el proyecto, y por sus frutos, se conocerá.

Hemos creído que hay un hueco en el país para una revista como ésta, una revista de ciencias sociales, de crítica, de cultura, de filosofía y de lo que, genérica y un tanto imprecisamente, denominamos pensamiento.

Cierto que existen ya otras revistas que tratan, aquí y ahora, de estos temas. No nos consideramos, pues, imprescindibles, pero tampoco, en verdad, innecesarios: lo que queremos es perfilar una particular óptica de pensamiento, en forma creadora, amplia, sin dogmas.

Somos conscientes de no partir de cero en esta tarea, y nos congratulamos sinceramente por ello: el sentido histórico es algo que, en efecto, se impone como decisivo en el trabajo intelectual. Queremos, pues, enlazar —críticamente— con todo nuestro pasado cultural, pero de modo muy especial con las tendencias de pensamiento más cercanas a nosotros, profundizando en ellas y comprendiéndolas desde nuestra propia situación. Y desde allí enlazar también con las generaciones posteriores que puedan continuar con esta obra, encontrando en nuestra revista un cauce adecuado de colaboración intelectual. Base de todo ello habrá de ser, una vez más, el trabajo científico, serio y riguroso, tanto en su nivel de autorreflexión teórica y metodológica como en su transferencia concreta a los diferentes problemas de la realidad social y cultural, preferentemente argentina y latinoamericana.

Insistimos finalmente en que las páginas, limitadas, de esta revista estarán abiertas a todos los que con ese espíritu científico, con suficiente rigor y objetividad, y en actitud ampliamente tolerante —respetando a los demás y aceptando de ellos sus críticas— se propongan contribuir a la consecución y acrecentamiento entre nosotros de los mencionados objetivos.

El Director

ICARIA, revista de crítica y cultura.

Queda prohibida la reproducción de los materiales publicados, sin mencionar la fuente. *Director:* Emilio J. Corbière, *Administrador:* Alberto De Renzis. *Consejo asesor:* Carlos Polak, Saúl N. Bagú, Leopoldo Portnoy, Luis Vergne, Alfredo Galletti. Los artículos firmados no expresan necesariamente la opinión de la revista. Registro de la propiedad intelectual (en trámite). La correspondencia debe dirigirse a: Revista ICARIA, Fundación "Juan B. Justo", Avenida Rivadavia 2009, piso 2º "E" (1033), Buenos Aires. Argentina. Tel. 49-1141.